

Martha C. Nussbaum

India

Democracia y violencia religiosa

PAIDÓS Estado y Sociedad



Marta C. Nussbaum

India

Democracia y violencia religiosa

PAIDÓS Estado y Sociedad

Título original: *The Class within. Democracy, religious violence
and India's future*, de Martha C. Nussbaum
Originalmente publicado en inglés, en 2007, por Harvard University Press

1.^a edición, 2009
1.^a edición en esta presentación, junio de 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene
el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener
dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Martha C. Nussbaum, 2007

© de la traducción, Vanesa Casanova, 2009

© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2023

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4108-3

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 9.144-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Prefacio	11
Agradecimientos.	17
Mapa de la India.	22
 Introducción	 23
1. Genocidio en Guyarat	41
2. El rostro humano de la derecha hindú	79
3. Tagore, Gandhi, Nehru	109
4. Una democracia basada en el pluralismo, el respeto y la igualdad.	153
5. El auge de la derecha hindú	185
6. Fantasías de pureza y dominación	221
7. El asalto contra la historia	247
8. Las guerras educativas	303
9. La comunidad de la diáspora.	345
10. El choque interno	375
 Cronología	 383
Glosario de términos y abreviaturas.	389
Notas	391
Índice analítico y de nombres.	425

Capítulo 1

GENOCIDIO EN GUYARAT

En el instante en que un hombre sale a la calle, piedra en mano,
dos de los nuestros le hacen frente con ladrillos.
En el instante en que un hombre cae, ensangrentado,
derribamos, ávidos y dispuestos, a siete más, mientras las sangrientas
almas gentiles que antaño acudieron raudas a cuidar de los heridos
permanecen ahora en los balcones, aplaudiendo.
¿Que la esposa de alguien ha sido raptada en mitad de la noche?
¡Venid! Saquemos a todas las mujeres de sus aldeas, desnudas,
a plena luz del día.
¿Que algún desaprensivo ha sacado un ojo a un crío?
Nosotros le arrancaremos los ojos a toda la nación.

NABANEETA DEV SEN, «Festival»

QUÉ OCURRIÓ

El 27 de febrero de 2002, el tren expreso Sabarmati llegó a la estación de Godhra, en el estado de Guyarat, al oeste de la India, atestado de peregrinos hindúes (*kar sevaks*) que regresaban de Ayodhya. Ayodhya, supuesto lugar de nacimiento del dios Rama (también llamado Ram), ha sido durante décadas el núcleo del sentimiento hindú antimusulmán. En 1992, una turba de fanáticos hindúes destruyó la mezquita Babri, que databa del siglo XVI, bajo el pretexto de que estaba construida sobre los restos de un templo hindú. Esta peregrinación, al igual que muchas otras de los últimos años, tenía como propósito la construcción forzosa de un templo sobre el lugar en disputa, y tras el bloqueo del gobierno y de los tribunales, los pasajeros que regresaban de Ayodhya estaban animados por la ira. Cerca de mil setecientos peregrinos viajaban a bordo del tren, muchos de ellos sin billete. En la India, los trenes van a menudo abarrotados; tener una reserva no quiere decir gran cosa. En este caso, seguros de su poder político, los peregrinos simplemente habían subido al tren, que ya estaba reservado en su totalidad. Es probable que ese día viajaran el doble de pasajeros que de plazas con reserva.¹ Los vagones sin reserva iban también completamente atestados. Muchos de los peregrinos llevaban consigo hornillos de queroseno y alimentos para preparar comida barata durante los cinco días del viaje.

A las 7.43 el tren se detuvo en la estación de Godhra. Muchos de los pasajeros bajaron del tren para estirar las piernas y beber una taza de té. Algunos discutieron con los vendedores musulmanes. Un vendedor ambulante de té vio cómo le tiraban el té encima; otro vendedor de cigarrillos se quedó sin cobrar. Otro vendedor ambulante de té entró en el vagón S-6 y fue expulsado a empujones porque los *kar sevaks* no querían que ningún musulmán vendiera té a los hindúes. Otro informe menciona que un vendedor musulmán fue agredido después de negarse a decir «Jai Sri Ram» («Gloria a Ram»). Un muchacho intentó abusar de una joven musulmana de 14 años llamada Sophia (aunque las noticias posteriores que hablaban de su secuestro resultaron ser falsas).

Después de la parada habitual de cuatro minutos de duración, el tren reanudó su marcha. Algunos de los *kar sevaks*, posiblemente unos cuarenta o cincuenta, se quedaron rezagados en el andén, de modo que sus amigos de a bordo tiraron inmediatamente del dispositivo de emergencia (el testimonio de los guardas y conductores confirma que se accionó el mecanismo desde el interior del tren, en cuatro vagones). Los demás hindúes se acercaron y se subieron al tren, que sólo se había desplazado el espacio que ocupaban cuatro vagones. Entretanto, un pequeño grupo de jóvenes musulmanes gritaban desde el andén que algunos hindúes les habían golpeado. Los rumores sobre estas escaramuzas se extendieron por el barrio situado detrás del andén, una zona musulmana empobrecida que era «prácticamente un gueto».² A esa hora del día había mucha gente en la zona (probablemente mil o dos mil personas) bebiendo té, cogiendo agua o sentados por los alrededores.

En torno al vallado que rodeaba las vías comenzó a congregarse una multitud. Los *kar sevaks* se enfrentaron a la muchedumbre musulmana apiñada al otro lado de la valla. Algunos hindúes seguían todavía fuera del tren, otros se hallaban dentro, y algunos se bajaron al ver que el tren había vuelto a detenerse. Comenzó entonces una batalla en la que la multitud lanzaba botellas y ladrillos contra los pasajeros hindúes, mientras que éstos les arrojaban las afiladas piedras parecidas a pedernales que se encuentran en las vías del tren. Nunca podremos saber quién arrojó la primera piedra; lo que está claro es que ambos bandos participaron con entusiasmo en la refriega. «Así pues —concluye el experto forense Mukhul Sinha—, si se me permite utilizar con crudeza un término tenístico, los *kar sevaks* sacaban con ventaja porque ocupaban las vías del tren y tenían [...] piedras a su disposición; [...] esos hermosos cantos de la vía del tren eran como armas listas para ser utilizadas.» La escaramuza se pro-

longó durante siete minutos, mientras el tren seguía detenido, y la animosidad se intensificó con rapidez. «Esos siete minutos —afirma Sinha— decidieron el futuro de la India.»

Una vez accionados los mecanismos de cierre, el tren reanudó lentamente la marcha. Pero, por alguna razón, pronto volvió a detenerse. Lo ocurrido durante los minutos siguientes únicamente puede reconstruirse a partir de las pruebas forenses. En aquel momento, todo lo que pudo verse fue que el vagón S-6 estalló en llamas. Cincuenta y ocho hombres, mujeres y niños murieron en el incendio. Hubo muchos supervivientes: probablemente en el vagón había cerca de ciento cincuenta personas, muchas de las cuales consiguieron ponerse a salvo. La mayoría de los fallecidos eran hindúes. Los camiones locales del servicio de bomberos tardaron más de treinta minutos en responder a la emergencia y llegaron después de que las 58 víctimas hubieran muerto. Un elevado porcentaje de los camiones que llegaron después de las 8.30 estaban equipados con bombas de agua defectuosas. Algunos musulmanes de la vecindad ofrecieron a la brigada de incendios agua procedente de un pozo cercano a la línea ferroviaria, que utilizaron para sofocar el incendio. El fuego quedó extinguido antes de las 10.³

Dado que la explosión se vio inmediatamente precedida por la escaramuza con la turba musulmana, los musulmanes fueron culpados de inmediato. La creencia generalizada era que los musulmanes habían arrojado al tren materiales ardiendo empapados en queroseno, o que alguien de la turba había conseguido subir al tren y depositado grandes cantidades de material inflamable para a continuación prenderle fuego. Personas pertenecientes a una amplia variedad de opciones políticas (no sólo los partidarios de la derecha hindú) a lo largo y ancho de la nación aceptaron este punto de vista. Sin embargo, no todo el mundo estuvo de acuerdo. Hubo quienes creyeron que antes era preciso examinar las pruebas. Un ex ministro de Guyarat, Amarsinh Chaudhary, sostuvo algún tiempo después que el incendio fue provocado por nacionalistas hindúes; su opinión contó con algunos apoyos, especialmente a la vista de las pruebas posteriores, según las cuales los disturbios que siguieron al incendio habían sido cuidadosamente preparados. No obstante, la mayoría se negaba a creer que un grupo político quemase vivos a un número tan elevado de sus propios miembros. La única opinión que nadie pareció defender en el momento de la explosión fue la que ahora, de forma retrospectiva, parece la más probable, es decir, que la explosión fue un trágico accidente. Cuando se produce un desastre, la gente prefiere tener a alguien a quien

culpar. También los supervivientes culparon inmediatamente a los musulmanes. Según Mukhul Sinha, «era lógico [...] porque fueron atacados por los musulmanes en ese preciso momento, de ello no cabe ninguna duda, y además tenían razones para creerlo; les correspondía a las autoridades analizar la situación de forma objetiva y desapasionada, [...] cosa que no hicieron».

La policía local comenzó a detener de forma inmediata a musulmanes que supuestamente estaban detrás del incidente. La conspiración se convirtió en el santo y seña del momento: el incidente formaba parte de una actividad terrorista organizada, quizás incluso orquestada en Pakistán. La policía encargada de la investigación del incidente pasó por alto las pruebas que no encajaban con su teoría de la conspiración. (Un cuidadoso examen forense del vagón incendiado y del vestíbulo externo tuvo lugar únicamente varios meses después, bajo la presión de la opinión pública.) Todos los implicados actuaron guiados por la suposición de que grandes grupos de musulmanes organizados estaban implicados en el incidente, pese a que ninguna prueba sólida apuntaba en dicha dirección. Un anciano clérigo musulmán, erudito y líder comunitario sin vínculos conocidos con actividades terroristas, fue detenido y seguía bajo arresto en mayo de 2006 sin posibilidad de fianza, a pesar de que no existían pruebas que lo vinculasen con los disturbios. El Tribunal Supremo de la India, atento a un potencial error judicial, ha pospuesto el juicio. Entretanto, el anciano ha enfermado en la cárcel.⁴

En los días que siguieron al incidente, el estado se vio sacudido por oleadas sucesivas de violencia. Los atacantes eran hindúes, muchos de ellos altamente politizados, que gritaban eslóganes de la derecha hindú como «Jai Sri Ram» y «Jai Hanuman» (un dios mono que representa la lealtad en la mitología tradicional pero que la derecha hindú presenta como una criatura fiera y agresiva), además de consignas tales como «¡Matad, destruid!» y «¡Masacre!». Existen abundantes pruebas de que la violencia se planificó antes del evento que precipitó los acontecimientos, al menos en el sentido de que un largo proceso de adoctrinamiento antimusulmán por parte de grupos de la derecha hindú había conducido al almacenamiento masivo de armas y a la circulación de listados de residencias y negocios de musulmanes (algunos observadores, sin embargo, restan importancia a este hecho ya que, en su opinión, la división en guetos de Gujarat es tan profunda que todo el mundo sabe dónde viven los musulmanes y qué tiendas son musulmanas).⁵ Las víctimas fueron principalmente musulmanas (junto con algún cristiano o parsi), pero incluye-

ron también a hindúes que tenían vínculos empresariales o matrimoniales con personas de religión musulmana. Algunas casas y negocios fueron incendiados con sus moradores en el interior. No había ninguna conexión entre la identidad de las víctimas y la de los supuestos autores del ataque contra el tren: la mayoría de los ataques tuvieron lugar lejos del lugar donde se originaron los disturbios. Muchas de las familias de los muertos en el incendio del tren imploraron a la turba que pusiera fin a la violencia. Aun así, más de dos mil musulmanes fueron asesinados en apenas unos días, la mayoría de ellos quemados vivos en el interior de sus casas o cerca de ellas. Ningún grupo se salvó: niños pequeños fueron quemados con sus familias. Especialmente impactantes fueron las violaciones en masa y las mutilaciones de mujeres. La táctica típica consistía en violar a una mujer, bien de forma individual o en grupo, a menudo con cruentas torturas, para después prenderle fuego y matarla.⁶

En el transcurso de los actos violentos, muchas zonas musulmanas de ciudades y pueblos situadas en partes del estado muy alejadas del incidente originario fueron arrasadas hasta los cimientos. Musulmanes pertenecientes a todas las clases sociales huyeron para salvar su vida. Uno de ellos, el antiguo presidente del Alto Tribunal de Rajasthani, que tras su retiro vivía en Guyarat, comentó más adelante ante un tribunal encargado de la investigación que hubo «una conspiración deliberada para socavar el funcionamiento del derecho penal».⁷

Lo que este testigo quería decir es que tanto la policía como los políticos locales animaron y prestaron su colaboración a los encarnizados ataques. La policía animó a quienes incitaban a la violencia, bien de forma pasiva negándose a responder a las peticiones de ayuda, bien de manera activa en algunos casos. Hoy día está claro que la policía recibió órdenes de no intervenir; los agentes que desobedecieron fueron castigados con descensos de categoría y traslados. Después de los disturbios, la policía prácticamente impidió la interposición de denuncias penales. Se celebraron reuniones entre la policía y los líderes del gobierno local en las que los hindúes recibían el apelativo de «nosotros» y los musulmanes el de «ellos», y se rechazaron las peticiones formuladas por algunos funcionarios para que se tomaran medidas contra los alborotadores. Entretanto, se vio a líderes locales de la derecha hindú gritando eslóganes e incitando a la turba a la comisión de nuevos actos violentos.

Especialmente triste resultó la participación de hindúes pertenecientes a las tribus y castas inferiores, *adivasis* y *dalits*,⁸ en actos de violencia contra musulmanes igualmente pobres. La derecha hindú ha conseguido

que muchos hindúes de las castas inferiores antepongan la religión a la clase y la casta y que, temerosos, tomen por enemigos no a los hindúes ricos y de clase alta que durante tanto tiempo les han oprimido, sino a los musulmanes que, en la mayoría de los casos, comparten con ellos su paupérrima vida.

La violencia de motivación religiosa no es nada nuevo en la India, pero existe un consenso generalizado de que lo ocurrido en Guyarat es algo diferente. La incineración de muchas de las víctimas, que indica la existencia de un sofisticado plan para la exterminación total, era algo que no se había conocido con anterioridad, como tampoco se había visto un uso tan extendido de la tortura sexual.⁹ La violencia se dirigió contra los musulmanes en tanto que tales, y la propaganda que la acompañó indicaba que existía el deseo de expulsar a todos los musulmanes, considerados como un peligroso enemigo interno. También fue novedoso el hecho de que los lugares santos musulmanes no sólo fueran arrasados, sino sustituidos por las banderas azafranadas de la derecha hindú y por estatuas de Hanuman.¹⁰ En definitiva, para aquellos que intentaban comprender lo que estaba ocurriendo, había algo en la violencia que de forma repetida conjuraba ideas de limpieza étnica y genocidio.

Para mucha gente, el aspecto más escalofriante de la violencia fue la complicidad de quienes estaban encargados de hacer cumplir la ley; el mensaje enviado por los que detentaban el poder era que la violencia seguiría de manera imparable y que cualquiera que intentase detenerla sería penalizado o degradado en su cargo. Este aspecto de los disturbios causó una indignación generalizada, sobre todo porque muchos de los muertos eran mujeres y niños indefensos.

En estos términos, el precedente más cercano de los ataques de Guyarat fueron los disturbios antisij de Delhi, acaecidos después del asesinato de Indira Gandhi a manos de sus guardaespaldas sijs en 1984. En aquel entonces, durante los tres días que duraron los disturbios, la policía no hizo gran cosa por poner freno a los asesinatos; también entonces quedaron señalados hogares de sijs y ningún sij, por muy próspero que fuera, se sintió seguro. El célebre escritor Khushwant Singh ha contado que, cuando llamó por teléfono al presidente de la India para informarle de que una muchedumbre se aproximaba a su casa, recibió instrucciones de uno de sus secretarios para que se refugiase en una casa hindú. «Me sentí como un refugiado en mi propio país», declaró Singh ante la comisión encargada de investigar los disturbios. «De hecho, me sentí como un judío en la Alemania nazi.» Al preguntársele por qué no había contactado con la po-

lucía, respondió: «Después de ver lo que la policía estaba haciendo, me pareció que no tenía ningún sentido pedir ayuda».¹¹ En cuanto al primer ministro Rajiv Gandhi, hijo de Indira Gandhi, declaró: «Cuando un árbol inmenso cae, la tierra se agita», con lo cual indicaba que aparentemente hacía caso omiso de la violencia. Otros políticos de primera fila del Partido del Congreso fueron acusados de apoyar los disturbios, y al igual que en el caso de Guyarat, la justicia ha sido lenta en sus actuaciones. Nueve comisiones han investigado las pruebas; la última de ellas, cuyo informe se publicó en agosto de 2005, no satisfizo a casi nadie (la comisión determinó que existían pruebas fundadas contra algunos funcionarios de bajo rango del Partido del Congreso pero exoneró a los altos cargos).¹²

Pero también hubo diferencias: los disturbios de Delhi fueron locales y duraron mucho menos que los de Guyarat, puesto que en última instancia los agentes del orden público hicieron su trabajo. Las violaciones y las muertes por incineración no fueron elementos centrales en los actos violentos; de hecho, los asesinatos fueron el resultado directo de un violento levantamiento de sijs en el Punjab que representaba una amenaza constante para la seguridad nacional. Por último, y éste es el aspecto más importante, los disturbios antisij no fueron el resultado de una cuidadosa propagación del odio llevada a cabo durante años, ni tampoco la expresión de una cultura de supremacía étnico-religiosa. Fueron, simple y llanamente, un acto de venganza. El Partido del Congreso, a pesar de su culpabilidad, no tenía ningún programa de limpieza étnica.

Ninguno de estos factores justifica lo ocurrido. Los disturbios antisij fueron un crimen terrible y cabe culpar severamente al gobierno del Partido del Congreso de no haber contenido antes tales disturbios y por de proteger las vidas de los sijs. No resulta sorprendente que Manmohan Singh, un indio sij y primer miembro de una religión minoritaria en convertirse en primer ministro de la India, equiparase los disturbios antisij con lo ocurrido en Guyarat en su primer discurso como jefe del gobierno, hablando sobre ambos en estos términos: «Como nación, tenemos la firme determinación de que estas cosas no vuelvan a ocurrir».¹³

¿POR QUÉ GUYARAT?

Los acontecimientos de marzo de 2002 fueron el resultado de una larga y deliberada construcción del odio. Pero todavía quedan preguntas sin respuesta. La derecha hindú lleva mucho tiempo fomentando la ani-

mosidad hindú-musulmana (así como la animosidad contra los cristianos) en muchas zonas de la India. Se han producido disturbios ocasionales desde la partición del país en 1947. La propia región de Guyarat ha sufrido algunos disturbios en el pasado, pero su historia en este sentido no es única. ¿Por qué estalló esta violencia sin precedentes en Guyarat? Los indios se han preguntado con inquietud si Guyarat es una señal de lo que depara el futuro para el resto de la nación. ¿Es Guyarat un ejemplo verdaderamente típico, o existen ahí factores especiales que podrían no darse en otros estados? ¿Puede aprenderse algo de las características particulares de este estado que podrían haber provocado el estallido de la violencia?

Guyarat, que formó parte del imperio mogol, conoció la destrucción de santuarios hindúes a manos de musulmanes. Sin embargo, en este sentido se parece a la mayor parte del norte y el oeste de la India. En una época más reciente, durante la partición de la India, no sufrió más derramamientos de sangre que otros estados, a pesar de que comparte frontera con Pakistán; entonces, la matanza más espeluznante tuvo lugar más al norte. Sin embargo, desde la independencia de la India se han producido algunas diferencias significativas que podrían ayudar a explicar por qué la línea política de la derecha hindú ha adquirido una presencia tan fuerte en Guyarat.¹⁴

El hecho de que Guyarat sea un estado fronterizo con Pakistán sigue siendo algo significativo en la mente de muchas personas, que identifican fácilmente a los musulmanes con Pakistán. Además, los musulmanes asentados en Guyarat se dedican a profesiones un tanto diferentes a las que ocupan los musulmanes en el resto de la nación: como mercaderes y comerciantes tradicionales, son más susceptibles de estar educados, urbanizados y, a menudo, en posiciones acomodadas. Los musulmanes de la mayoría de la India conforman una minoría pobre y oprimida, cosa que también es cierta en el caso de muchos de los musulmanes de Guyarat. Pero existe también la sensación de que los musulmanes están acaparando puestos en la sociedad que los hindúes podrían ocupar. El papel que desempeñan como prestamistas permite explicar la animosidad de los miembros de las tribus y de los hindúes pertenecientes a las castas más bajas. De forma parecida a los judíos en Europa durante la década de 1930, los musulmanes se han convertido en objeto de la envidia y el resentimiento entre los hindúes pobres y desempleados, lo cual resulta muy conveniente.

Por otra parte, los líderes de Guyarat se han concentrado en atraer las inversiones y las industrias extranjeras sin prestar mucha atención a

otras cuestiones relacionadas con la «calidad de vida». El estado de Guyarat ocupa las primeras posiciones en industrialización, urbanización y renta per cápita, pero sus indicadores de «desarrollo humano» en materia de educación, mortalidad maternal, subempleo y persecución de las minorías de casta son bajos. Así pues, hay grandes grupos de descontentos y mucha pobreza, especialmente en las zonas rurales. Además, Guyarat nunca ha tenido un movimiento obrero fuerte y organizado. Aunque durante un tiempo Gandhi ayudó a organizar el movimiento obrero de la industria textil de Guyarat, tras el inicio de su carrera política a nivel nacional volvió pocas veces al estado y el movimiento sindical ha terminado siendo considerablemente más débil que el de muchos otros estados. Como resultado, los trabajadores empobrecidos y frustrados han ido abrazando cada vez más las opciones políticas basadas en la religión para descargar su frustración.¹⁵ La derecha hindú se ha organizado de forma muy efectiva entre las bases, llenando el vacío dejado por políticos y líderes sindicales. La historia les resultará conocida a los estadounidenses, que a menudo se sorprenden cuando la gente de las regiones rurales más pobres del centro o el sur del país vota a políticos que comparten sus valores religiosos pero cuyas políticas son contrarias a sus intereses económicos. Esta tendencia ha demostrado ser inestable, ya que en las elecciones celebradas en mayo de 2004 el BJP experimentó un considerable declive en las zonas rurales de Guyarat.

Al papel desempeñado (o más bien no desempeñado) por la clase en la organización política de Guyarat cabe añadir la influyente función política de los Patel, un grupo de clase media dentro del sistema de castas que ejerce una enorme influencia en el estado y que muy pronto buscó el apoyo del BJP para incrementar su poder político. Dado el enorme poder político del líder Sardar Patel, hombre extremadamente conservador, Nehru nunca ejerció una gran influencia en Guyarat, e incluso la sección local del Partido del Congreso se opuso a las políticas de Nehru. Este factor animó a la derecha hindú a organizarse desde muy pronto en el estado de Guyarat. El especialista en derecho Girish Patel señala:

Aún recuerdo cuando iba a una *shakha* local [una rama juvenil de la derecha hindú] cuando contaba 8 o 9 años en [...] Ahmedabad. Reclutaban a los jóvenes a través de inocuos programas de ejercicio, las llamadas maniobras apolíticas; en el plano cultural, todos los días se celebraba una reunión de la *shakha*, ejercicios, plegarias matutinas, algo de adoctrinamiento antimusulmán y el relato de su propia versión de la historia. Afor-

tunadamente, bien de forma accidental, bien por genética, nunca me sentí atraído por ello. El RSS encontró desde el principio un terreno fértil en Guyarat debido a la situación política global.¹⁶

Los Patel han sido, históricamente, agricultores; en la jerarquía tradicional de castas les habría correspondido ocupar un lugar muy bajo. Con el tiempo, han ido abrazando la secta no tradicional Swaminarayan, fundada por Sahajanand Swami, que en la actualidad es enormemente rica y ejerce una gran influencia en Guyarat pero también en el extranjero. La secta ejerce además una amplia y creciente influencia en Estados Unidos, donde cuenta con opulentos templos en Boston, Los Ángeles, Chicago y Houston. A pesar de su ideología pacífica, se ha convertido en un centro de actividades para la política de derechas y la organización comunitaria sectaria.

Quizás el argumento más interesante es el que sostiene que determinados enfoques educativos han desempeñado un papel crucial en el carácter diferenciado de Guyarat. El aprendizaje memorístico es un problema en la mayor parte de la educación pública en la India; el pensamiento crítico no recibe en ningún sitio el robusto desarrollo que los primeros educadores progresistas de la India, como Rabindranath Tagore, pidieron acertadamente con insistencia. Pero está claro que el sistema guyaratí descansa incluso más que otros en la repetición memorística (los libros de texto de Guyarat son célebres por su fracaso a la hora de incentivar el pensamiento crítico), mientras que la atención en la preparación técnica promueve el programa proempresarial del estado (Guyarat cuenta con escuelas de gestión empresarial y desarrollo rural sobresalientes). Girish Patel describe el movimiento generalizado en las escuelas de Guyarat como un tránsito «desde una educación liberal y crítica hacia una educación práctica y mecánica que renuncia a la verdadera naturaleza de la educación: “el despertar humano, no el entrenamiento animal”». ¹⁷ En tales circunstancias, a la poderosa derecha hindú le resultó fácil incluir su propia visión de la nación y de los asuntos religiosos en los libros de texto obligatorios. ¹⁸ Las alusiones admirativas hacia Hitler y sus «logros» en los manuales de ciencias sociales han sido constante objeto de crítica, aunque sin resultado alguno.

Así pues, Guyarat es en cierto sentido diferente, pero de una forma sutil, no drástica. Los factores que coadyuvieron al estallido de la violencia (la ausencia de una organización política sobre bases económicas y de clase, la falta de un pensamiento crítico en las escuelas y la eficaz organi-

zación de las bases a lo largo y ancho del estado por parte de la derecha hindú) tienen su réplica en muchos estados, si bien en grados diversos. Pero la diferencia no es fuente de consuelo.

REACCIONES Y REPERCUSIONES

La policía animó y amparó los asesinatos en masa y las violaciones de musulmanes inocentes. La principal táctica utilizada por los políticos del BJP para responder a los acontecimientos consistió en adoptar una lógica de acción-reacción: sí, estos hechos son trágicos, pero ¿qué se puede esperar? Una vez iniciados, siguen su curso de manera inevitable. Durante el transcurso de los acontecimientos, Narendra Modi, ministro principal de Guyarat adscrito al BJP, declaró: «Lo que se está produciendo es una cadena de acción-reacción». Y añadió: «Es natural que lo ocurrido anteayer en Godhra, donde cuarenta mujeres y niños fueron quemados vivos, haya conmocionado al país y al mundo entero. Los habitantes de esa parte de Godhra han mostrado tendencias criminales. Anteriormente habían asesinado a varias maestras, y ahora han cometido este terrible crimen que ha provocado una reacción». Las declaraciones de Modi no sólo justificaban la violencia como respuesta a una presunta larga historia de «tendencias criminales»: también la definían como algo inevitable e imparable, más parecida a un cataclismo natural que a un conjunto de acciones humanas censurables. Ashok Singhal, líder de la rama local del VHP (el Vishva Hindu Parishad, organización cultural de la derecha hindú), llevó esta «lógica newtoniana» —tal y como fue descrita por la prensa— un paso más allá: los disturbios fueron «una cuestión de orgullo», «una respuesta adecuada a los actos perpetrados contra los hindúes en los últimos mil años. Guyarat nos ha mostrado el camino; nuestro viaje hacia la victoria empezará y terminará en la misma senda».¹⁹ Otros líderes del VHP proclamaron la victoria en términos similares, repitiendo el lenguaje de los panfletos cargados de odio difundidos por la derecha hindú.

Uno de los líderes más directos, que se ha convertido además en una de las principales fuerzas políticas de la India, es Praveen Togadia, secretario general del VHP. Togadia es aficionado a la retórica incendiaria, a pesar de lo cual sus declaraciones no dejaron de ser escalofriantes. Después de definir a Guyarat como un «experimento», declaró: «Convertiremos a la totalidad del país en un laboratorio. Ésta es nuestra promesa y

nuestra intención. Si las madrasas, el laboratorio yihadista, tienen permiso para educar en el asesinato de los no musulmanes, ¿por qué no podemos disponer nosotros de nuestro propio laboratorio? [...] Gujarat se ha convertido en el cementerio de la ideología laica».²⁰ La referencia de Togadia a la educación sobre el asesinato de no musulmanes que supuestamente ofrecen las escuelas musulmanas clarificó de forma escalofriante el significado de la expresión «nuestro propio laboratorio». Varios días después comparó a los opositores de la filosofía del Hindutva (la derecha hindú) con pacientes enfermos de cáncer que viven condenados a muerte, cuya sentencia sería ejecutada por el pueblo.²¹

Desde los acontecimientos de Godhra han surgido numerosas pruebas de la implicación del ministro Modi en el fracaso a la hora de restaurar el orden público. El testimonio de su propio jefe de policía resultó ser el más perjudicial de todos.²² Ya el 15 de julio de 2002, una declaración jurada del director general de la policía, R. B. Sreekumar —que estuvo al frente de los servicios de inteligencia desde el 9 de abril hasta el 17 de septiembre de 2002— contradijo la declaración de Modi según la cual éste no estaba al corriente del gran número de *kar sevaks* que regresaba de Ayodhya. El 31 de agosto de 2004, Sreekumar afirmó que el cuerpo de policía había recibido presiones de los líderes políticos para que no tomaran nota de los delitos cometidos durante los disturbios y no trataran con excesiva severidad a los acusados. En abril de 2005, Sreekumar reveló a la prensa las anotaciones de su diario durante el periodo concerniente a los hechos mencionados; el diario contiene información extremadamente perjudicial para Modi. Por ejemplo, el 7 de mayo de 2002, Modi convocó a Sreekumar para informarle sobre los actos violentos, que se prolongaban. Sreekumar refirió a Modi a su anterior análisis del 22 de abril, según el cual el gobierno necesitaba tomar medidas firmes para detener a «aquellos líderes hindúes implicados en los horrendos crímenes cometidos durante los recientes disturbios comunitarios» y restaurar la confianza de los musulmanes en la administración estatal. En aquel entonces, se le dijo que «una acción así no era posible de forma inmediata, ya que contravenía la política del gobierno del Estado». El 7 de mayo, Modi respondió personalmente a Sreekumar, a quien aseguró que «había llegado a una conclusión errónea basada en datos parciales y suposiciones inadecuadas. En opinión de Modi, la violencia desencadenada por la turba hindú tras el incidente de Godhra [...] era una reacción natural e incontrolable que ninguna fuerza policial podía controlar o contener». Sreekumar sostuvo que «las autoridades no pueden aceptar semejante

excusa, especialmente el departamento de policía, que está obligado por ley a mantener el orden». Modi no respondió, pero «me pidió que me concentrara en los militantes musulmanes. [...] [Modi] me ordenó que no me centrara en Sangh Parivar [la derecha hindú], puesto que no estaban haciendo nada ilegal». El 28 de junio, en referencia a la siguiente campaña política de Modi, el lugarteniente del ministro jefe comunicó a Sreekumar que, acorde con la «decisión política y bien meditada» de Modi, si alguien «intentaba perturbar» la campaña, «esa PERSONA SERÍA ELIMINADA». Cuando Sreekumar respondió que «no podía adoptarse una acción tan absolutamente ilegal sobre una base jurídica carente de ética», se le dijo que «puede adoptarse una decisión así en función de la LÓGICA DE LA SITUACIÓN». Sreekumar respondió que «la policía es hija de la ley y no puede adoptar ninguna acción que no esté legalmente justificada». Su diario contiene muchas pruebas adicionales que incriminan a las autoridades políticas.

Los políticos del BJP a escala nacional siguieron una estrategia retórica parecida, aunque en una dirección menos clara. Pese a que algunos líderes del BJP y de la oposición pidieron la dimisión forzosa de Modi (algo dentro de las potestades del partido nacional), otros líderes de notoria influencia defendieron su conducta. Entre sus más apasionados defensores se encontraba el ministro de Justicia, Arun Jaitley, que fue cesado de su cargo... para ser restituido en el mismo poco después. El primer ministro, Atal Bihari Vajpayee, considerado por regla general como un político moderado y como la cara «decente» de la derecha hindú, dejó ver su otra cara en un discurso pronunciado el 3 de marzo de 2002 durante uno de los congresos del partido celebrado en Goa, donde declaró:

¿Qué ocurrió en Guyarat? De no haberse tramado una conspiración para quemar a los inocentes pasajeros del expreso de Sabarmati, la tragedia subsiguiente de Guyarat podría haberse evitado. Pero no fue así. La gente fue quemada viva. ¿Y quiénes fueron los culpables? El gobierno lo está investigando. Los servicios de inteligencia están recopilando toda la información. Pero no deberíamos olvidar cómo comenzó la tragedia de Guyarat. Los acontecimientos que siguieron son, sin duda alguna, dignos de ser condenados, pero ¿quién prendió la llama? ¿Cómo se extendió el fuego? [...] A los musulmanes no les gusta convivir con los demás ni mezclarse con otros; en lugar de propagar sus ideas de forma pacífica, pretenden expandir su fe recurriendo al terror y a las amenazas. El mundo ya ha sido alertado de este peligro.²³

Aunque en otros pasajes de su discurso Vajpayee parece defender el concepto de una India pluralista y tolerante, los fragmentos citados adoptan la lógica de acción-reacción de Modi y dejan sin condenar tanto las acciones de los responsables como la inacción policial. Quizás podamos perdonar a Vajpayee por suponer en aquel entonces que el incidente de Godhra fue provocado por musulmanes y que fue fruto de una «conspiración», aunque condenar a alguien sin pruebas y sin un juicio no sea precisamente justo en una democracia basada en el Estado de derecho. Lo imperdonable es su continua insistencia en que la matanza sistemática de miles de personas inocentes puede justificarse como reacción al incidente. Además de la justificación del asesinato en masa, su discurso es una repetición de la típica propaganda contra los musulmanes (que son terroristas, que no pueden ser ciudadanos pacíficos y democráticos) que la derecha hindú lleva tiempo tratando de difundir.

Arun Shourie, a la sazón ministro de Información, me dijo que al principio Vajpayee estaba «firmemente convencido de que Narendra Modi debía dimitir».²⁴ Shourie acababa de regresar de un viaje con el primer ministro por el Sureste asiático. Antes de aterrizar en Goa, Vajpayee, L. K. Advani (segundo dirigente del BJP), Jaswant Singh (ministro de Asuntos Exteriores) y Shourie mantuvieron intensas discusiones sobre la situación en Godhra. Al final decidieron que, a su llegada a Goa, «el señor Advani llamaría al señor Modi y le pediría que presentase su dimisión aquella misma noche, cosa que [Advani] hizo». Otros miembros del BJP se opusieron a esta decisión, y antes de la reunión en Goa no se había adoptado ninguna resolución clara. Shourie asegura que, en última instancia, Vajpayee realizó esas declaraciones sobre los musulmanes no para apoyar a Modi, sino más bien como respuesta a sus conversaciones con los líderes políticos del Sureste asiático, que estaban muy preocupados por la amenaza del terrorismo musulmán y le habían pedido que se pronunciara contra dicha amenaza durante la celebración del congreso del partido. Shourie atribuye el cambio de opinión del primer ministro en parte a sus propios consejos. Cuando Vajpayee le pidió su opinión como experto en el islam,²⁵ Shourie le aseguró que el proselitismo musulmán representaba un peligro, puesto que ganaba adeptos en la ejecución de actividades terroristas. Sin duda, la afirmación de Shourie dota de sentido a la retórica utilizada en el discurso de Goa, cuyos argumentos generalizados sobre el islam y su papel en el mundo no parecen ser directamente relevantes en el incidente de Gujarat.

Si lo que Vajpayee pretendía era lanzar una advertencia contundente de que la India no toleraría la expansión del terrorismo en Asia, ciertamente erró al vincular estas declaraciones con apreciaciones generales sobre los musulmanes indios en tanto que ciudadanos, y se equivocó aún más al conectar dichas declaraciones con el asesinato en masa de civiles inocentes en Guyarat, como si la existencia de terroristas en alguna parte del mundo excusara de alguna forma tales actos criminales. Pero Vajpayee es un político astuto y por ello realizó esas declaraciones en una reunión de su propio partido, no ante líderes extranjeros. Existen razones para creer que la retórica de su discurso fue ladinamente elaborada para vincular la conocida idea del terrorismo musulmán con la supuesta conspiración de Guyarat. La idea de una conspiración musulmana internacional contra la democracia es un medio muy eficaz con el que el BJP consigue apoyos, ofreciendo una imagen de sí mismo como un partido firme contra el terrorismo y respetuoso con la ley. Esta retórica desvía la atención de la criminalidad de los hindúes en Guyarat y aviva el miedo, al hacer creer a la gente que los musulmanes no pueden, en realidad, ser vecinos pacíficos o buenos conciudadanos. Al utilizar la palabra «conspiración», Vajpayee sugería que los asesinatos desbarataron un peligro organizado que podría haber costado la vida a miles de inocentes. La retórica de Vajpayee pareció asimismo alinear a la India junto a Estados Unidos, al recordar a la gente los ataques terroristas del 11 de septiembre y dar a entender a la comunidad internacional del mundo de los negocios que los valores del BJP están mucho más en línea con los de la primera (y no con los valores implicados en la limpieza étnica, que podrían ser, como de hecho ocurrió posteriormente, un elemento disuasorio para la inversión extranjera).

En cuanto al Partido del Congreso de Guyarat, aunque sus líderes condenaron los ataques, no lo hicieron con vehemencia. En la siguiente campaña electoral que tuvo lugar en Guyarat, el partido optó por una hinduización moderada, con lo cual intentaba captar votos desplazándose hacia lo que el partido percibía como el centro (una táctica bien conocida), en lugar de rechazar firmemente el programa nacionalista hindú y defender el pluralismo y la igualdad de derechos. El partido perdió así su credibilidad moral, al tiempo que perdía también las elecciones.

Si bien toda la prensa guyaratí (salvo un periódico musulmán) ocultó de forma sistemática la verdadera naturaleza de los acontecimientos, la mayor parte de la prensa nacional ofreció una cobertura admirable de los mismos y examinó las declaraciones de los principales líderes políticos con un adecuado escepticismo. La Comisión Electoral nacional actuó

también de forma responsable al posponer las nuevas elecciones hasta que pudiera restablecerse el Estado de derecho y al menos algunos de los musulmanes que habían huido para salvar sus vidas pudieran regresar a sus hogares (en muchos casos, no tenían ni casa ni trabajo a los que regresar. El gobierno estatal rápidamente comenzó a construir carreteras, templos y establecimientos comerciales hindúes sobre las ruinas de los hogares musulmanes, mientras que las tareas de auxilio y reconstrucción siguen siendo prácticamente inexistentes). Tanto la Comisión Nacional de Derechos Humanos como el Tribunal Supremo han desempeñado desde entonces un importante papel a la hora de buscar justicia para las víctimas.

La tremenda demostración de activismo y preocupación que expresó gran parte de la comunidad (académicos, organizaciones no gubernamentales, abogados y jueces, estudiantes) resultó particularmente esperanzadora. Varios grupos de investigación llevaron a cabo un trabajo heroico, acercándose hasta los campamentos de refugiados para recopilar datos. Una organización de mujeres musulmanas liderada por Syeda Hameed (en la actualidad miembro de la Comisión de Planificación del Partido del Congreso) fue una de las primeras en actuar: llevó a cabo una tarea crucial al recoger pruebas con sus entrevistas a mujeres que habían sido violadas y mutiladas. Otras organizaciones no gubernamentales siguieron su ejemplo. Algunos especialistas del mundo académico se unieron a estos grupos, brindándoles su ayuda y asumiendo de hecho las funciones que el gobierno no estaba ejerciendo: registrar las quejas y ayudar a los supervivientes.

El torrente de análisis realizados por periodistas y académicos independientes es muy alentador para una estadounidense acostumbrada al relativo silencio de los académicos frente a una catástrofe nacional. Igualmente alentador es el hecho de que sus escritos fueran rápidamente publicados en los medios nacionales, en revistas que iban desde las más populares (*Frontline*) a las de cariz más literario (*The Little Magazine*)²⁶ y políticamente sofisticadas (*Economic and Political Weekly*, *Seminar*, *Communalism Combat*) y, más adelante, en antologías compiladas para difundir los datos más relevantes.²⁷ Internet fue también muy importante en la difusión de la información; en la Red pueden encontrarse varios informes cruciales que analizan e investigan los hechos.

Decenas de jóvenes, estudiantes y jóvenes académicos y activistas se reunieron en Guyarat. Una estudiante de ciencias políticas de la Universidad Jawaharlal Nehru en Delhi declaró que era muy importante que los estudiantes hindúes fueran a Guyarat a trabajar, como forma de peniten-

cia por el sentimiento de culpa colectivo hindú; esa estudiante y otras personas pensaban en términos del concepto hindú del *prayasaschit*, o expiación.²⁸ Es posible que no todos los visitantes fuesen de ayuda en esta situación: hay un límite a la cantidad de entrevistas que toda víctima de una violación puede soportar, y de hecho la conocida activista Teesta Setalvad sintió que demasiados grupos ignoraron la cuestión del trauma con tal de hacer el bien; Setalvad describió el fenómeno como una especie de «turismo de la violencia». No obstante, subrayó que los estudiantes de la Universidad de Delhi realizaron trabajos hospitalarios de utilidad en los campamentos de refugiados.²⁹

Especialmente importante fue el informe presentado por el Tribunal de Ciudadanos Afectados, comisión de carácter independiente organizada por Teesta Setalvad y presidida por el ex magistrado del Tribunal Supremo Krishna Iyer, uno de los juristas más importantes en la historia de la India.³⁰ Esta comisión, formada por abogados, jueces y académicos (como por ejemplo Tanika Sarkar), elaboró el relato más completo que jamás tendremos de aquellos acontecimientos a partir de la recopilación de 2.094 testimonios orales y escritos, entrevistas a centenares de testigos, la recopilación de panfletos y escritos relevantes y la documentación de una serie de acusaciones contra los culpables. Ahora sabemos quién debería ser acusado de los diversos crímenes, aun cuando sea poco probable que estas acusaciones terminen en condenas.

En el transcurso de su trabajo, la comisión encontró algunas grietas en la armadura del BJP. Uno de los ministros principales testificó en extenso con la condición de que su nombre no figurara en la declaración. Varios hindúes prominentes de Guyarat deploraron públicamente los acontecimientos y ofrecieron toda la información que pudieron. El señor Piyush Desai, consejero delegado de la compañía Gujarat Tea Processors and Packers Limited (que produce la popular marca de té Wash Bakri) y presidente de la All India Tea Federation, mencionó el hecho de que su negocio había nacido hacía 110 años gracias a la ayuda de un musulmán que prestó una gran suma de dinero a su abuelo. Desai habló elocuentemente de la armonía y la cooperación entre religiones que había imperado en Guyarat a lo largo de la historia, condenó los crímenes y, respecto a la ayuda que había recibido de los musulmanes, dijo: «¿Cómo podremos pagar nuestra deuda?». Los miembros de la comisión comentaron: «Este testigo fue para el tribunal como un nuevo rayo de esperanza». Desai pagó de su propio bolsillo el té que se enviaría a todos los campamentos de refugiados, «así como vasos de papel que fueran higiénicos».

Sin embargo, en diciembre de 2002, Modi fue reelegido con una victoria aplastante después de haber jugado las cartas del odio y el miedo. Los líderes de la derecha hindú proclamaron el éxito del «experimento» de Gujarat: a partir de entonces, la campaña de odio se extendería por toda la India. En muchas zonas de Gujarat los negocios musulmanes han sido absorbidos por hindúes, de manera que la condición de los musulmanes en el estado es peor que nunca. El continuo boicot económico ejercido contra los negocios musulmanes prácticamente impide ganarse la vida incluso a quienes se han quedado. Sigue habiendo detenciones indiscriminadas de musulmanes, a menudo bajo el manto protector de la Ley de Prevención del Terrorismo, uno de los instrumentos legislativos favoritos del BJP que, en aspectos clave, guarda similitudes con la *Patriot Act* estadounidense.

El primer rayo de esperanza discernible fue el hecho de que el BJP, que ese mismo año intentó utilizar la misma política de odio en las elecciones celebradas en otros estados, fracasó. Finalmente, en mayo de 2004, los votantes expulsaron al BJP del gobierno. Gujarat fue sólo una de las razones: probablemente, las cuestiones económicas desempeñaron un papel más decisivo. Pero a lo largo de la campaña electoral, el Partido del Congreso insistió en que la India debía seguir siendo una nación plural en la que todos sus ciudadanos fueran iguales ante la ley. Tanto la principal dirigente del partido, Sonia Gandhi, como el primer ministro Manmohan Singh están firmemente comprometidos con esta idea. Así pues, las implicaciones de los asesinatos de Gujarat para la política nacional no están aún del todo claras, y todavía se puede mantener la esperanza por el futuro de la democracia plurirreligiosa en la India.

LA CONSECUENCIA DE LA JUSTICIA: ¿QUÉ OCURRIÓ REALMENTE EN GODHRA?

Durante mucho tiempo, la mayor parte de la gente dio por sentado que el terrible incidente de Godhra había sido fomentado en realidad por la turba musulmana, que había lanzado objetos al tren. Aunque la teoría de la conspiración que vinculaba el ataque con Pakistán, e incluso con Al Qaeda, no contaba con demasiada credibilidad, era natural seguir la lógica del *post hoc, ergo propter hoc*: el incendio del vagón se produjo inmediatamente después del enfrentamiento entre los *kar sevaks* que viajaban en el tren y los musulmanes del exterior, de modo que el incendio debió ser el resultado de tales hechos. Pruebas forenses cruciales queda-

ron sin examinar durante mucho tiempo, y es probable que algunas se hayan perdido para siempre. Por ejemplo, un fragmento de lona del vestíbulo que conectaba el vagón S-6 con el S-7 había desaparecido cuando la comisión oficial de investigación (la Comisión Nanavati-Shah) inspeccionó el vagón el 15 de julio de 2002. La lona es importante porque la teoría policial para explicar el crimen es que los «conspiradores» rasgaron el vestíbulo entre ambos vagones, abrieron a golpes la puerta del vagón S-6 y a continuación arrojaron al menos 60 litros de gasolina por el suelo, saltando del vagón por la puerta trasera.³¹ Al parecer, prendieron fuego al vagón arrojando harapos ardiendo a través de las ventanas rotas. Pero si el vestíbulo fue realmente abierto a la fuerza, la lona tendría que aparecer rasgada. En cambio, los inspectores encontraron un trozo de lona nuevo que claramente acababa de ser colocado en el vestíbulo. Se han formulado preguntas sobre cómo un parte tan importante de las pruebas forenses pudo perderse.

Ha habido tres investigaciones forenses del ataque. Una de ellas, la investigación judicial oficial iniciada por el gobierno estatal bajo la dirección de G. T. Nanavati y K. G. Shah, sigue en curso. Según los participantes, los miembros de la comisión han recogido de forma concienzuda testimonios de personas de todas las opciones políticas, si bien aún queda por ver si su análisis será igualmente imparcial. La segunda investigación, auspiciada por el nuevo gobierno del Partido del Congreso y su ministro de Ferrocarriles, Laloo Prasad Yadav, se desarrolló bajo la presidencia de un respetado juez del Tribunal Supremo, U. C. Banerjee. Sus conclusiones se hicieron públicas en enero de 2005. Asimismo, una comisión independiente de ingenieros investigó los hechos e hizo públicos los resultados de su investigación en enero de 2005. Tanto la Comisión Banerjee como la comisión independiente de ingenieros llegaron a la conclusión de que la teoría policial no coincide con las pruebas forenses: el incendio no pudo haberse iniciado «en el suelo del pasillo, ni tampoco junto a los lavabos después de que se arrojara algún líquido inflamable».³² El desastre final, concluyeron ambos informes, fue probablemente un trágico accidente.

Ambas comisiones presentaron diversos argumentos que contradecían la teoría policial. En primer lugar, a primera vista parece improbable que *kar sevaks* armados con palos permitieran que alguien se subiese al vagón y derramase un líquido inflamable a su alrededor. En segundo lugar, las puertas que dividen los vagones no pueden abrirse a golpes, como sugería la teoría de la policía. En tercer lugar, la recreación del incidente

en el laboratorio forense verificó que resultaba imposible incendiar el tren desde el exterior. En cuarto lugar, las quemaduras que presentaban las víctimas seguían un patrón opuesto a la predicción de la teoría policial: las víctimas no se quemaron desde abajo, sino que pudieron arrastrarse entre las llamas hasta llegar a un lugar seguro y mostraban quemaduras únicamente en la parte superior del cuerpo. Así pues, las llamas parecían haber venido desde arriba. En quinto lugar, «la posibilidad de que se hubiera utilizado un líquido inflamable queda completamente descartada, dado que primero se detectó un olor a quemado, seguido de una densa humareda y de llamas. Esta secuencia no es posible cuando el fuego es ocasionado por un líquido inflamable arrojado al suelo del vagón o por un objeto inflamable arrojado al vagón desde el exterior».³³

Así pues, ¿qué ocurrió en realidad? En primer lugar, debemos preguntarnos por qué el tren, que ya se había detenido cuando los pasajeros accionaron el mecanismo de emergencia para permitir que el resto de *kar sevaks* subiera de nuevo al tren, se detuvo una segunda vez. Posiblemente, alguien volvió a accionar el mecanismo. Pero la razón más probable es que el mecanismo de cierre de puertas del tren no funcionara correctamente en los cuatro lugares donde se hizo uso de la parada de emergencia: uno de los cierres no se activó bien y el tren, tras arrastrarse lentamente con un ruido metálico durante un breve espacio de tiempo, volvió a detenerse por sí solo. Fue entonces cuando comenzó el enfrentamiento con piedras. Llegados a ese punto, es muy probable que los hindúes del tren cerrasen las ventanas para impedir la entrada de objetos. En cuanto a lo que ocurrió después, reina la oscuridad, pero las comparaciones con otros incidentes ferroviarios (especialmente con el trágico accidente ocurrido cerca de Delhi en noviembre de 2003) sugieren que el fuego se originó bajo los asientos del vagón, en los hornillos de cocina ahí guardados por los pasajeros. El incendio de los asientos y de las camas bajas de los vagones litera provocó una densa humareda (alternativamente, se ha sugerido que el incendio prendió fuego a las gomas que rodean las puertas). Sea como fuere, se produjo una densa concentración de humo y, según sostienen los ingenieros, «la densa humareda resultante, de alta temperatura, se extendió hasta el techo del vagón para a continuación avanzar por el techo y la cubierta a lo largo de todo el vagón. El calor radiante generado derivó, en última instancia, en un fogonazo que hizo que el fuego se propagara por todo el vagón, hacia arriba».³⁴ Independientemente de cómo se acumulara al comienzo el humo, el fenómeno del fogonazo es, con mucho, la explicación más probable a la hora de explicar el tipo de

quemaduras que presentaban las víctimas. Naturalmente, la acumulación de los gases fue posible porque los pasajeros habían cerrado las ventanas. El hecho de que se estuviera arrojando objetos al tren contribuyó al desastre, pero de un modo mucho más indirecto de lo que afirmaba la policía. Si los musulmanes que arrojaron objetos albergan algún tipo de culpabilidad moral por su contribución al incidente, también es atribuible a la compañía ferroviaria por permitir la sobrecarga de los vagones y la presencia de líquidos inflamables (hornos de queroseno) entre el equipaje de los pasajeros. Recordemos que en el vagón S-6 viajaban aproximadamente el doble de pasajeros que asientos reservados, situación que no debería tolerarse en ninguna compañía de ferrocarril pero que se da habitualmente en la India. Según esta versión, los musulmanes no son culpables desde un punto de vista legal, y la responsabilidad principal corresponde a la Junta de Ferrocarriles, que tiene la obligación legal de mantener los trenes en condiciones seguras.

Las investigaciones de lo ocurrido en Godhra nunca obtendrán un consenso público universal sobre lo que en realidad ocurrió. No obstante, un factor en el que todo el mundo debe concordar es el poder de deformación de la ideología a la hora de desviar de su curso la búsqueda de la verdad. Si la versión de que los musulmanes ocasionaron el incendio era a primera vista plausible, también resultaba plausible para cualquiera que haya viajado alguna vez en autobús o en tren en la India la posibilidad de que se tratara de una negligencia y de un accidente. La corrupción y la negligencia son endémicas en el sistema de transportes indio, junto a la absoluta falta de fondos para conseguir que los servicios esenciales funcionen. Tan sólo dos años antes de lo ocurrido en Gujarat, la Junta de Ferrocarriles fue declarada culpable en un horripilante caso de violación en grupo que tuvo lugar en la estación de Howrah, Kolkata, cuando los empleados del ferrocarril engañaron a una pasajera originaria de Bangladesh que había caído enferma para que entrase en el hotel de la estación (un lugar que la mujer pensó sería seguro para descansar), donde fue violada por un gran número de empleados del ferrocarril; el Tribunal Supremo de la India consideró que el caso constituía un crimen contra la humanidad. La Junta de Ferrocarriles fue condenada a pagar una indemnización en concepto de daños y perjuicios por la conducta de sus empleados y por no haber mantenido el hotel como un alojamiento público seguro.³⁵ La laxitud de la compañía ferroviaria a la hora de exigir una cierta decencia en la conducta de sus empleados y unas condiciones mínimas de seguridad en los trenes es bien conocida.

Estas dos teorías del crimen deberían haberse investigado de forma objetiva. Sin embargo, no se hizo, porque las fuerzas políticas habían conseguido extender el pánico contra los musulmanes. Ahora que dos comisiones independientes han concluido sus investigaciones, la versión más probable (de forma abrumadora) es que la negligencia y el accidente fueran las causas principales.

LA CONSECUCCIÓN DE LA JUSTICIA:

LA BEST BAKERY Y LOS TURISTAS DE YORKSHIRE

Fueron tantos los testigos de los asesinatos; tantos los retrasos en el registro de las quejas y en la recopilación de las pruebas; tantas las víctimas que habían perdido sus hogares y se habían marchado de la zona, que ha resultado ser muy difícil conseguir justicia para las víctimas de Gujarat. A estas dificultades se añadía el extendido uso de la incineración, que destruyó la mayor parte de las pruebas forenses que podrían haberse recogido en los cuerpos de las víctimas. En cualquier caso, varios casos en los que estaban implicados algunos supervivientes parecían lo suficientemente prometedores como para ser llevados ante un tribunal. Especialmente conocido fue el caso de la panadería Best Bakery, en el que una familia musulmana fue testigo del incendio de su negocio y del asesinato de cerca de veinte personas en Vadodara el 1 de marzo de 2002. Catorce personas fueron asesinadas, incluido el padre de la familia dueña del negocio y varias mujeres y niños indefensos. Los miembros supervivientes de la familia fueron capaces de identificar a sus atacantes, de manera que el caso parecía especialmente prometedor. Se detuvo a 21 acusados, que fueron llevados a juicio. Sin embargo, en el transcurso del proceso, la testigo principal, Zahira Sheikh —que había perdido a su padre y a otros miembros de su familia— se retractó de su declaración original, como ocurrió con otros 44 testigos de los 71 que debían prestar testimonio. Los acusados fueron absueltos el 27 de junio de 2003. El fiscal no tomó ninguna medida para proteger a los testigos o para investigar los posibles sobornos de los mismos, a pesar de que un gran número de personas había cambiado su versión de los hechos. Además, rechazó las peticiones de los testigos que deseaban prestar testimonio a puerta cerrada. A comienzos de julio, Zahira se presentó ante la Comisión Nacional de Derechos Humanos, donde aseguró que había recibido amenazas por parte de políticos poderosos para que no testificara contra los acusados.